

Karina Falcón

A propósito de *Memorialia del Sol* de Enrique González Rojo Arthur

Texto de presentación leído en

Palacio de Bellas Artes en febrero de 2009

*Lleno está de méritos el Hombre; mas no por ellos, sino
por la Poesía, ha becho de esta Tierra su morada...*

Holderlin

Se apunta que el habla es la propiedad del hombre y *decir el mundo* es la morada del poeta. Ya desde antes de *Para deletrear el infinito*, es que el maestro Enrique González Rojo comienza a indicarnos su morada, su casa; y es entonces, resuelto en esta gran empresa, el proyecto *Para deletrear el infinito I, II, III y IV*, (1972-1990), que se resuelve a dialogar con el lector y escucha de poesía, no sólo para decir del mundo, sino para también conversar del tiempo. Situación, aun más celebratoria.

Ya (el poeta) Luis Rius indicaba en *la antesala* de *Para deletrear el infinito* que "El escritor de genio es el que viene a enderezar aquel viejo entuerto de la torre de Babel (...) y que más que ninguna cosa, la virtud del gran poeta consiste en que infunde en todos los hombres la sensación de escuchar el lenguaje original (...), latente detrás de su propio idioma habitual, que así, paradójicamente, no viene a ser más que una lengua

sobrepuesta, extraña o aprendida y no la congénita, la cual es esa otra que ahora el poeta le recuerda..."Así, no cabe duda alguna, no seríamos tan ingenuos en dudar, que el maestro Enrique González Rojo Arthur es un escritor de genio, un gran poeta; que justo en cada verso parece llevarnos sobre un lenguaje habitual hacia la orilla del mundo (por algunos llamada *poesía*), para luego abandonarnos ahí en la honda extrañeza de un tiempo-origen, de una palabra original. Y esta experiencia, por supuesto, se nos ofrece como la vena cava de *Memorialia del Sol*, libro que ahora nos acontece presentar, donde Enrique González Rojo Arthur parece darse a la tarea de regresarnos a una vieja Babel mexicana.

Si antes, el poeta nos había atendido con su creación en motivo de flores, de árboles, de estaciones, del amor, de Hegel, de Noé, de las eternidades griegas, de siempre el infinito, e incluso de la misma poesía, del acto del poeta; ahora, la atención logra dirigirnos hacia otra estancia de su morada levantada sobre una raíz compartida; hacia una mitología que deviene nuevamente *dicha*, nuevamente *palabra*, hasta una cosmogonía vuelta *libro*, vuelta *mundo*: el México de cantos-orígenes. Es así, que en las tres estancias que conforman *Memorialia del Sol* ("Mitología del tiempo", "Fuga del paraíso" y "El Mictlán" el poeta nos ofrece de manera profusa, imágenes varias en torno a la construcción de un recinto prehispánico exiguamente recordado, pero que es la entraña de nuestra identidad, de la cual se suele hablar mucho en detrimento de lo que se le conoce. No así sucede en *Memorialia del Sol*. Aquí, el poeta se sumerge en la mitología nahua y desde el panteón azteca procede a conducirnos hacia la palabra mítica, hacia la palabra nuevamente creadora; esto,

con la gran gentileza escritural que lo caracteriza: *prosemas* de nítidas y poderosas metáforas, juegos de palabras y el tenor filosófico sobre el cual la poesía *hinca su aguijón* para entonces erigirse.

En el *coloquio de los tres Enriques* (Enrique padre, Enrique abuelo y Enrique hijo), hallado en el canto y libro *Apolo Musageta* (1989) —décimo tercer canto del proyecto *Para deletrear el infinito*— el poeta González Rojo Arthur apuntaba que "el acercamiento de la poesía a la prosa, y su correspondiente ruptura con los cánones poéticos clásicos, representa(ba) una liberación de la práctica lírica y la conquista de un espacio en el cual los elementos metafóricos e imaginativos intrínsecamente poéticos pueden hallar un *modus discendi* menos artificial y retórico."... Sin embargo, apuntaba también que *tenía añoranzas por la música, que sufría nostalgia por ese tipo de poemas que eran cantantes de sí mismos...* Y si bien en *Memorialia del Sol* tal vez, no encontremos en puro la *sobrerriba* de la que se construye el libro *Apolo Musageta*, sí es posible encontrar evocaciones del proyecto en cuanto a una musicalidad interna, que remite las tres estancias del libro a la unidad formal de un poema sinfónico —que nos cuenta una leyenda, nos pinta paisajes y rememora un origen común (como Mussorgsky, Smetana, Sibelius o Strauss) en las notas de los oboes, las flautas, el platillo, el corno inglés, las arpas, las cuerdas...; así sucede en *Memorialia del sol*. Es progresivamente, en las tres estancias, que vamos encontrando la fuerza resonante de la palabra, la fuerza discursiva que nos activa imágenes ricas y en distintas tonalidades:

*Se habían olvidado del sol.
 Para algunos de los dioses y los peces-hombre,
 la edad de oro,
 perdida entre las penumbras del pasado,
 era una época en que los seres vivientes sabían de sus ojos
 y la luz no estaba racionada.
 Pero eso fue en tiempos idos,
 cuando el sol consultaba sin cesar
 su itinerario.
 Ahora, al finalizar el cuarto sol,
 reinaba el desorden y la confusión.
 En el lugar menos esperado era posible hallar
 culebras con cara de niño,
 ardillas con mariposas por orejas,
 guajolotes con mirada de araña,
 águilas que al aletear se venían a pico
 o se deshacían hasta no ser
 mas que formas de vuelo,
 conejos con andares de palomas
 y pulgas amaestradas por el hambre,
 en una suerte de espantoso festín de migajas,
 comiéndose a sí mismas...
 El cielo se confundía con la tierra,
 lo líquido con lo sólido,
 el arriba había caído en brazos del abajo
 y ambos se desgarraban en litigios fronterizos
 y luchas intestinas (...)*

[Interludio, pg.45]

En la primera estancia, titulada "Mitología del tiempo", Enrique González Rojo nos lleva por la Leyenda de los Soles de la religión azteca, y aparece la figura primigenia de Quetzalcóatl

y de los primeros hombres: Oxomoco y Cipactonal. Hilvana así, palabra, mito y acto poético; en que de un verso a otro podemos encontrarnos de pronto con el asiento de su acto creativo: la reflexión filosófica que traslada de un lugar a otro la palabra, que da más vivacidad a la metáfora, y nos devuelve al cuerpo primordial, que nos hace Uno y nos va contando nuestra propia historia. En esta primera estancia, también encontramos una apoteosis, un homenaje, "El monólogo de Quetzalcoatl", en que la imagen de la serpiente emplumada se nos devela, y palabra por palabra nos hospeda en su transformación y nos hace parte de ella:

*Ya me hallo en pleno mar.
 Las palmeras, los jacales y los hombres de la costa
 se me vuelven borrosos, puntos, basurita en las pestañas.
 Mi coatlapectli, mi barcaza de culebras,
 navega arrogante,
 abriéndose camino en lo imposible
 con su quilla,
 reduciendo a esclavitud al mismo océano (...)
 Pienso: estoy hecho de la misma carne
 que el material ofidio de mi balsa:
 soy tan serpiente como las que me zurcen
 el entramado de ella.
 Pero también me sé rodeado de plumas de quetzal,
 de ímpetus siderales,
 de retazos de cielo.
 Siento que ha llegado el instante...
 el instante,
 el instante...
 —y el verso aquí no sabe ser cronista*

del portento—

“de hacer mi mutación”

—digo de pronto

desde la estrella vespertina.

[“Apoteosis”, pg.77-78]

En la segunda estancia, intitulada “Xochiquetzalli o Fuga del Paraíso”, el motivo tocante, es uno de los ejes cimentados ya, de forma majestuosa, en la obra poética del maestro González Rojo Arthur. En el prólogo a *Memorialia*, Eusebio Ruvalcaba apunta: “Enrique oye la palabra *mujeres*, o le llega el aroma de una mujer, o simple y llanamente una mujer se cruza en su camino y todo él se vuelve un poema amoroso... El poeta abreva de la belleza. El poeta advierte la belleza y se arrodilla.” Es así, que en esta *Memorialia*, la mujer, lo femenino, el Otro, el amor, se encuentran presentes y hallan su recinto al centro medular del libro. En “La fuga del Paraíso” existe una fuerza retórica y estética, así como figurativa, que precisa ser comprendida de manera acompasada; ahí, nos habla el poeta de la primera mujer Xochiquetzalli y del hondo enamoramiento y *flechazo* (con todo y herida) que Tezcatlipoca padeció a causa de ella. Debo confesar, que en algún momento de la lectura, me pareció percibir de nuevo a ese monstruo que acechaba la voluntad y el corazón del enamorado en *El quintuple balar de mis sentidos*, pues el motivo de la seducción, la duda y los celos, resuena en esta segunda estancia, la urden, por supuesto con el notable talante del maestro Enrique.

Ya en la última parte del libro, “El Mictlán”, aparecen imágenes de cadáveres y desmoronamientos, la voluptuosidad de la

palabra parece darse a partir de la figura del abismo, o alguna negrura en que los versos más intensos se construyen y hasta parecen ofrecernos una respiración distinta en la voz poética. Y si bien, no nos enfrentamos a un descenso dantesco en cuanto a contenido, sí encontramos una belleza particular en cuanto a la forma y a la selección de las palabras. El poeta nos ayuda a descender también, a encontrarnos de nuevo con el peregrinaje hacia la muerte, hacia el después-de-la-muerte, ese tema que tanto apasiona al pensamiento mexicano:

*El Mictlán no sólo abarca los litorales del otro mundo,
sino que es el gran hacedor de fatigas,
el gran orfebre de entusiasmos arrepentidos,
de pesimismo carismáticos,
de desánimos militantes,
de alaridos a la luna
de quienes piden de rodillas
ya no ser.*

Y pronto concluye la *Memorialia del Sol*, con el abrazo maternal, con el regazo de la nada... Holderlin podía proponer que la palabra poética es la interpretación de la voz del pueblo, de las leyendas que se ofrecen como lugar de identidad y pertenencia de una determinada cultura, leyendas que suelen extenuarse y a veces, sucumbir. Es cuestión del poeta, entonces, rescatar de los escombros la voz, devolver al pueblo *lo sagrado* y el *origen*; y es cuestión de la poesía *instaurar un tiempo nuevo, elaborar la verdad para el pueblo*. Y cito a Holderlin porque resuena tanto en mi memoria, la última ocasión en que muy amablemente el maestro Enrique nos abrió las puertas de su casa (su morada

en todos los sentidos de la palabra) y ahí, a un costado de su asiento, en una vitrina, se hallaban varios títulos de Valery, Apollinaire, Dostoievsky y por supuesto, Holderlin. Todos ahí reunidos, los grandes poetas, a la derecha de uno de los más grandes escritores mexicanos.

De *Memorialia del Sol*, concluyo, es un libro que debe abrirse para sumergirse en él, para encontrar en cada etimología, en cada nombre, la identidad que va silenciada en cada uno de nosotros. Que es nuestra, y que precisamos de re-conocerla y asirla. Y, ya en el uso y abuso, me permito cerrar esta intervención con otra cita de Holderlin que dice: "Y ¿para qué poetas en tiempos aciagos? Pero son, dices tú, como los sacerdotes sagrados del Dios del vino, que erraban de tierra en tierra, en la noche venerable." Son esas tierras el hogar de Enrique González Rojo, su morada —su poesía, que se ofrece como una profunda noche, una casa abierta, en la cual nos queremos perder en pasmo, en reverencia, quitándonos el sombrero, porque hemos de encontrar ahí la grandeza del mundo, del libro.



ARCA

REVISTA DE LITERATURA Y FILOSOFÍA

NO. 4-5 | PRIMAVERA-VERANO 2010

EDAD

El hombre que peina canas
y trata de acomodarse entre sus huesos envejecidos
y sus nervios deshilachados,
el que siente su ancianidad hasta en la lengua,
el que pergeña (con mano temblorosa
y una pluma cargada más de olvidos
que de tinta)
vocablos titubeantes, ilegibles,
que tiritan de tiempo;
el que pone a sus intimidades
-atraídas por el canto de sirena
del aplauso-
a desnudarse en público;
el que riega en el papel
garrapatos,
nostalgias,
escorpiones
sacados de su pecho;
es un poeta encorvado por la ley de gravedad,
un Atlas que carga su derrota:
el cielo agusanado de sus sueños;
es un bardo que mira sus pretéritos arrojados
amarrados en la piel
con cordeles de arrugas,
y escribe sus poemas
-la inspiración ya ciega y arrumbada
en el último rincón del inconsciente -
al reverso de las hojas
del calendario.

Enrique González Rojo Arthur
(del libro *Poeta en la ventana*)